

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
15 de agosto de 2017
Ap 11, 19. 12, 1-6.10; 1 Cor 15, 20-26; Lc 1, 39-56

Ahora se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo. Lo hemos oído, hermanos y hermanas, en la primera lectura. Una voz proclamaba *la victoria de Dios* después de que la mujer resplandeciente de luz fuera liberada. Los Padres de la Iglesia reconocieron a Santa María en esta mujer que salió victoriosa. Porque María es la primera en la que se hace realidad la victoria sobre el mal y sobre la muerte por gracia de Cristo, como decía san Pablo en la segunda lectura. Por su muerte y su resurrección, Jesucristo ha liberado radicalmente a todos los que la acogen de todas las fuerzas hostiles y de toda opresión y de todo lo que conduce a la muerte. Cada uno, tal como decía el apóstol Pablo, *en su puesto*. La primera de todas es María, que no sólo es liberada de todas las ataduras mortales, sino que también es entronizada junto a su Hijo, *el Mesías* que ya reina.

Todo lo que ha recibido es don de Dios: *el Todopoderoso ha hecho en mí maravillas*, cantaba ya en los inicios de su vocación peculiar (Lc 1, 49). Pero ella ha correspondido generosamente con su fe y con sus obras de servicio por amor, tal como nos decía el Evangelio que nos ha proclamado el diácono. Desde el primer momento ha querido que todo se hiciera en ella según el querer de Dios (cf. Lc 1, 38). En María, se han encontrado, pues, de una manera única, la gracia generosa de Dios y la libertad humana que quiere corresponder amorosamente al amor con que se sabe amado por Dios. Se han encontrado la victoria pascual de Jesucristo y la fidelidad humilde de su Madre y los dones excepcionales que había recibido.

Ahora se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios. Nos alegramos con María. Ella misma invita a todos los miembros de la Iglesia, de la que es el miembro más eminente, a alabar a Dios por las maravillas que ha hecho en ella: *todos conmigo glorificad al Señor, ensalcemos juntos su nombre*, puede decir con el salmo (cf. Sal 33, 4). En esta solemnidad de su Pascua la proclamamos *bienaventurada*. Y agradecemos a Dios todos los dones que le ha otorgado.

No basta, sin embargo, con el agradecimiento y con la alabanza. Es necesario que la tomemos por modelo. El itinerario de fe y de vida cristiana que ha recorrido María nos es un ejemplo de fidelidad a Jesucristo. Porque nosotros tenemos que recorrer, con nuestras características personales y en otro momento histórico, el mismo itinerario fundamental. Todos los bautizados hemos recibido la vocación de construir el Reino a través de nuestro compromiso a favor de los demás y de testimonio del Evangelio. Todos, también, estamos destinados a llegar allí donde ya ha llegado María. Primero, tal como decía San Pablo, llegó el Cristo con la resurrección y su ascensión. Luego, en segundo lugar, María, tal como profesa la fe de la Iglesia. Y detrás de ella, *los que son de Cristo, cada uno en el momento que le corresponde*. Los cristianos lo debemos tener muy presente cada día porque sumergidos como estamos en los asuntos y los problemas que se nos presentan, corremos el riesgo de creer que el objetivo de nuestra existencia humana es este mundo. Y, en cambio, sólo estamos de paso. La meta de nuestro itinerario en la tierra es la gloria a la que ha llegado ya María.

En este sentido, la solemnidad de hoy nos muestra que nuestras jornadas pueden ser más ricas y densas si las vivimos desde la perspectiva del término glorioso de la existencia, si las vivimos poniendo el pensamiento *en las cosas de arriba donde está Cristo* (Col 3, 2) y con él Santa María. Entonces, las realidades de la tierra se viven de otra manera y tienen otro valor y otra densidad porque son iluminadas por el amor

divino y por la esperanza de que cesarán todas las lágrimas de tristeza, por la esperanza de participar de la victoria final de Cristo sobre el mal y sobre la muerte. Los cristianos, después de haberlas afrontado nosotros, deberíamos ayudar a nuestros contemporáneos a plantearse las grandes preguntas ante la existencia. Son unas preguntas fundamentales si queremos vivir conscientemente como personas humanas; me refiero a las preguntas sobre el sentido de la vida, sobre el mal y cómo afrontarlo, sobre el dolor, sobre la muerte. La Asunción de la Virgen ilumina todas estas cuestiones y nos ayuda a dar una respuesta positiva y esperanzada. De forma similar, la Asunción nos ayuda a afrontar algunas de las enfermedades que sufre nuestra sociedad occidental: la falta de criterios éticos que hacen que prácticamente todo sea válido y el bien y el mal dependan del propio gusto, la enfermedad de la indiferencia ante tantos dramas humanos que tienen lugar muy cerca de nosotros, la enfermedad de la superficialidad, de la banalidad. La Asunción de María nos muestra que no todo tiene el mismo valor ante el destino trascendente que espera al ser humano después de la muerte.

Santa María nos enseña, en su Magnificat, que *el amor de Dios se extiende de generación en generación*. También abarca, por tanto, la nuestra. Y eso nos hace confiar en este amor sabiendo que, a pesar de todas las dificultades, a pesar del sufrimiento y la misma muerte corporal. Dios saldrá victorioso de las situaciones que oprimen la humanidad, como lo ha salido en María y en los santos.

Ahora, hoy, pues, *se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo*. El Mesías Jesucristo que, en su bondad, nos da la Eucaristía como alimento para el camino de la vida y como prenda de inmortalidad. Como anticipación, bajo el velo de la fe, de la realidad gozosa de la gloria celestial, desde la que María nos es madre e intercesora.